

—El señor D. Manuel es una providencia para la mía, y, gracias á él, no tengo apuros en socorrer á mis pobres. Temí hace algún tiempo que nos abandonara, y fuese á vivir en la ciudad. Pero, al fin, ha resuelto fijarse, y permanecer en un paraje donde es tan útil, y donde sin él habría muchos más desgraciados.

Se casa con la más amable de mis feligresas, y añadiría con la más rica, si esto fuera un mérito ante Dios y ante un hombre virtuoso. Yo mismo le indiqué tal elección, que conviene más que ninguna otra á sus circunstancias y carácter, pues la novia es un ángel de compasión y caridad para los pobres.

—¡Se casa! dije interiormente. . . . Luego se cree con el corazón bastante duro para que los remordimientos no le despedacen. Porque al fin, siempre que recuerde á la pobre María, no podrá menos de pensar: Ella, sólo ella debió ser mi esposa. Yo la he condenado á llorar ante Dios, y á bajar el rostro ante los hombres, hasta el último día de su vida. Si no me traía riquezas, tenía una dote que debía ser sagrada á mis ojos, y esta dote era su ignominia. Me amó con el candor de la paloma, me guardaba en su corazón un tesoro de felicidades, y acaso la será menos duro su deshonor, que la triste necesidad de aborrecerme.

La conversación recayó luego sobre el

matrimonio y sobre las calidades más estimables en una esposa.—Feliz, dijo D. Manuel, el hombre que al elegir una compañera no pregunta: ¿Es hermosa? ¿es rica? sino ¿es piadosa? Porque si se hace amable á los ojos de Dios, lo será también á los suyos. ¡Qué bello cuadro presenta la mujer cristiana en la casa conyugal! Nadie creerá que sus obligaciones son austeras, al ver la facilidad con que las cumple. Sacrifica á su esposo todas sus inclinaciones y hace depender su alma de la suya: es una madre que adorna á la encina con sus perfumes y flores. ¡Cuán feliz soy en unirme á la señorita de B***! La amo como ella merece, con un afecto que prefiere á las gracias de su figura las nobles prendas de su corazón y entendimiento.

No era la primera vez que un hombre habla bien y obra mal. El corazón humano se halla tan lleno de contradicciones, que al cabo no era imposible que aquel fuese un hipócrita. Quizá hablaba sinceramente. . . . Pero entonces, ¿qué pensar del abandono en que dejaba á la pobre María?

Me convidó á su matrimonio, y me negué.

—Cuando salgo de mi parroquia, le dije, aunque sólo sea por algunas horas, hago un robo á mis pobres y á mis enfermos.

—Pues lo habéis hecho hoy, me respon-

dió sonriéndose, reincidiréis sólo por otro día.

Me turbé un poco; pero me ocurrió una idea feliz.

—Al más joven, le dije, toca honrar antes al más anciano; y yo aceptaré vuestro convite, si antes venís á pasar un día conmigo.

Su fisonomía se alteró.

—Quizá os pareceré impolítico, dijo; pero tengo razones para no aceptar la invitación que os dignáis hacerme.

En fin, ya se descubría, y éste era un motivo más para que yo no me descubriese.

—No os negaréis, le dije, á partir el pan conmigo, y á beber la copa de amistad en mi mesa.

Le hablé de esta cruz, que, como os he dicho, tiene bastante celebridad. Mostré deseo de enseñársela, y aun le indiqué la idea de erigir aquí una capilla en que se dijera misa en los aniversarios de la muerte del santo ermitaño. Mi proposición le agradó y aun me propuso que contribuiría á realizarla. Respondí que le sería fácil dar un paseo tan corto, y que yo apreciaría saber sus ideas sobre la construcción de la capilla. Al cabo, logré picar su curiosidad, ó más bien comprometer su afabilidad natural, y no pudo ya negarme una condescendencia tan leve. Sin embargo, me dijo que no llegaría conmigo hasta el curato, pues tenía motivos poderosos para no presentar-

se en mi pueblo. Yo no quise contradecirle, cuando ya obtenía mucho más de lo que él pensaba concederme.

Envié por su carruaje y partimos. Cuando estuve junto á esos fresnos, cuya cima se distingue desde aquí, le invité á que nos apeásemos, pues me interesaba hablarle á solas.

Don Manuel tenía afición á la pintura, y como además su carácter le inclinaba á gustar de los lugares que inspiran una dulce melancolía, me dijo que éste merecía pintarse, y que sentía no haber estado antes aquí. Añadió que más de una vez habría venido á cavilar al márgen de esta fuente y bajo estas encinas silenciosas; que habría orado con amor al pie de esta cruz, y alimentado su alma con la poesía de sus recuerdos.

—¿Con que oráis alguna vez? le dije.

Buscó una sonrisa en mis labios, creyendo que me chanceaba. Pero me encontró serio.

—No, añadí; no puede creerse que oréis. Nada pedís á Dios, porque sabéis que él tiene mucho que exigirnos.

—¿Qué enigma es ese? me preguntó con voz algo trémula.

—Mirad bien esa cruz, le respondí. Ayer estaba arrodillada ante ella una joven. Si registráis este musgo, quizá encontraréis todavía algunas de las lágrimas amarguísimas que derramó.

Se demudaba. Yo continué:—No sólo traje á las plantas de Dios su dolor y arrepentimiento, sino que venía á confiar á su providencia un hijo cuyo padre....

Me interrumpió con un grito tan agudo, como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho.—Cuyo padre, repuse, no ha tenido vergüenza de decir: ¡Sea para mí un extraño! ¡Si no es huérfano por los decretos de la muerte, séalo por mi abandono desnaturalizado!....

—¡Un hijo! exclamó.

—¡Pobre criatura! continué. No tenía más cuna que ese musgo, más techo que el cielo y sus miembros débiles temblaban de frío.

—¡Basta! dijo, y permaneció mudo algunos instantes. Fijaba sus ojos en el lugar donde le dije que estuvo arrodillada la mujer, y su fisonomía expresaba sucesivamente el espanto, el dolor, la ternura. El nombre de María brotó de su corazón; digo de su corazón, por la profunda lástima que expresaba su acento.—¡Un hijo!.... repetía; y dejaba caer sus brazos, como quien ve delante un grave infortunio, y no le encuentra remedio. Por fin, levantó sus ojos á la cruz, como para darme á entender que conocía su culpa, y que aquel símbolo de misericordia le inspiraba la esperanza de ser perdonado.

—Yo levanté á esa pecadora, le dije, que esperaba como vos en la misericordia divi-

na, pero con más motivo. La restituí á la casa de su padre, que, indignado por la afrenta que mancillaba su cabeza emblanquecida en la honradez, había lanzado sobre la suya los carbones ardientes de su maldición. Encontré á ese triste anciano en un lecho de dolor, que temo sea lecho de muerte, ¡pues aborrece la existencia, desde que se ve forzado á odiar á su hija! Pues bien, señor, vos que gustáis de los recuerdos que inspira esa cruz, ¿no vendréis á alimentaros con éste? ¿Os parecerá tan poético y dulce como los otros?

No podía responder, ni aun lo intentaba.

—¿Cómo, continué, he podido ocultar mi indignación al saber que íbais á casaros con la señorita de B***?

—La amo, exclamó.

—Esa razón no será bastante para que os absuelva Dios de haber abandonado á María.

—¡He cesado ya de amarla! dijo con el acento de la consternación.

—Pero no habéis cesado de haberla quitado el honor, de haber destruido la tranquilidad, la dicha de su padre; todo esto debéis restituirla.

Sentóse, ó más bien se dejó caer en el césped. Sus miradas imploraban mi compasión, y se la concedí. Si antes pudo adormecer sus remordimientos, aquel golpe los había despertado, y conocía que semejante culpa no es una carga leve para un hombre

que tenga conciencia.—No puedo resolverme, dijo, á renunciar la mano de la señorita B***, á quien amo con toda la fuerza de mi alma, y sin embargo, soy bastante honrado para deplorar la suerte de María. Si pudiera remediar su infortunio cediéndole la mitad de cuanto poseo....

—Aun cuando la cubrierais de oro y diamantes, no borraríais con ello su ignominia.

—¡Pero es imposible casarme con ella!

—Es imposible que no lo hagáis á menos que despreciéis el temor de Dios. El no os pone á elegir entre dos caminos: sólo uno os señala, y ya os agrade ó no, tenéis que seguirlo. ¡Ya no amáis á María!.... Creedme: la dulzura de su reconocimiento, su tierna solicitud por agradaros, resucitarán vuestros afectos antiguos. ¿Amáis á la señorita de B***? Ese es el Isaac que debéis sacrificar en el Calvario. ¿A quién no se han impuesto tales holocaustos en esta vida? Alegraos, señor, de que éste os parezca duro; porque vuestro casamiento con María no hubiera bastado á lavaros ante Dios de la culpa que contrajisteis al seducirla. Ella podía tener excusa: su candor fué una venda que ocultó el peligro á sus ojos. ¿Pero qué excusa podrá paliar la torpeza de vuestra acción?

—¡No he sido pérfido! exclamó. Se detuvo, y continuó ruborizándose. Acabo de mentir.... ¡Ay! es demasiado cierto que

en mi corazón se abrigaba el perjurio, cuando mis labios juraban á la infeliz que sería mi esposa.

Lloró. Eran las primeras lágrimas que salían de sus ojos. Le abrí mis brazos: se levantó, y vino á echarse en ellos. Le estreché tiernamente á mi seno, y no pude contener el llanto.

—¿Qué resolvéis? le dije.

—¡Por una parte, el deber; por otra, la dicha! exclamó con voz sofocada.

—¡La dicha! respondí; ¡oh! no la esperéis en el camino de la injusticia. Dios no permite que haya goces verdaderos en el delito, y si derrama un bálsamo celestial en los padecimientos de la virtud. Haréis una acción virtuosa casandoos con María, y habrá consuelo y dulzura en la tristeza misma que os cause. Vuestro casamiento con la señorita de B*** sería criminal, y sólo os produciría frutos de dolor y engaño. Entregado á la inquietud de vuestra conciencia, al fin os reprenderíais aun el amar á vuestra esposa, conjurando entre vos y ella la imagen de la pobre María, á quien volveríais á amar, porque la compasión resucita los afectos amorosos. La idea de sus padecimientos atormentaría vuestra alma; y sobre todo, ¡qué sentiríais recordando á su hijo!.... Creeríais oírlo suspirar, cuando se acariciasen los hijos que os diera vuestra esposa; veríais su tristeza en el júbilo, su pobreza en la opulencia de

ellos. No, señor, el interés de vuestro reposo está de acuerdo con el de María. No os aseguro que seáis perfectamente feliz casándoos con ella; pero sí os afirmo que seréis el hombre más infeliz si os casáis con otra.

No fueron éstas las únicas palabras que dije á Don Manuel; mas aun cuando nada le hubiese dicho, este lugar era sobrado elocuente. La escena que había pasado aquí el día anterior, le afectaba más que todas mis exhortaciones.

Estaba confundido. ¿Cómo antes de incurrir en semejante falta, no reflexionó sus consecuencias? ¿Cómo no se dijo: Voy á comprometer la paz de toda una familia, la reputación de una pobre muchacha, que es su única fortuna, la mía propia; y todo por no triunfar de un capricho pasajero? Tales eran las ideas que le atormentaban. Insistía sin cesar en las virtudes y gracias de la señorita de B*** y repetía mil veces que la idolatraba. A medida que alimentaba su corazón con tales quejas, advertí que le iba pareciendo más leve el infortunio de María. Me acerqué á la cruz, alcé la mano hacia el Cristo y dí á mi voz un tono solemne:

—En nombre de ese Dios, le dije, respondedme: ¿sois cristiano?

—Lo soy, respondió.

—Fácil es decirlo, ¡pero cuánto cuesta probarlo! Algún día, proseguí, se os pre-

guntara si vestisteis al pobre, cuando estaba desnudo; si le alimentásteis, viéndolo hambriento. Habrá tal vez un pobre á quien no hayáis vestido ni alimentado. Y ¿quién será? Vuestro hijo; el de la desdichada María.

—¡Ah! mi mayor deseo es....

—¡Tírarle algún socorro!.... Antes que lo reciba, su madre mendigará para mantenerle.

—¡Cielo! exclamó; ¿cómo salir de tantas dudas?....

—También se os preguntará, continué, si habéis observado esta ley: "Haz á otros lo que quieras que te hagan." ¿Quisiérais, pues, que os colmasen de ignominia, que atropellasen vuestro honor, que teniendo en la mano el remedio de vuestras heridas, se contentaran con decir: ¡Cuánto padece! y pasaran de largo?

—¡Qué cruel sois!

—Acusad á Jesucristo, porque mi labio no es más que un órgano suyo.

Estas palabras le hicieron una impresión terrible. Se figuró citado ante el tribunal de la justicia divina, y creyó ver llegar á su hijo diciéndole: ¡Me abandonaste! y á la madre de su hijo, diciéndole también: ¡Me abandonaste!.... Se dejó caer de rodillas, y exclamó fuera de sí:—¡Perdón, Dios mío, perdón para este pecador!....

—¡Reparación, reparación para su delito! exclamé.

Pronunciaba luego el nombre de su novia, y repetía:—¡Qué sacrificio! ¡qué sacrificio!

—Mucho menos costoso que el de la conciencia, le respondió.

Por fin se levantó.—Ya veo, me dijo, por lo que sufro ahora, que el infortunio de María envenenará el resto de mi existencia. Mucho cuesta ser hombre de bien; pero cuesta más dejar de serlo. Estoy decidido: me casaré con esa pobre muchacha.

—¡Oh! ¡excelente joven! le dije abrazándole; ¡cuántas gracias doy á Dios por tal victoria!... ¡Cada día le pediré que os prodigue sus bendiciones!...

Me hallaba tan enternecido, que no pude proseguir. El se sonrió, como para probarme que ya empezaba á disfrutar el premio de su buena resolución, y que renacía la tranquilidad en su espíritu.

—No dejemos para mañana esta restitución de felicidad á una familia, me dijo; vamos luego á ver al padre de María, y á pedirle su mano.

Volví á abrazarle con la emoción más tierna de júbilo y agradecimiento. ¿No le debía yo mucho, cuando me proporcionaba la gloria de restituirle á Dios y á la virtud?

Llegamos á la granja. Aun no se levantaba el anciano, pero le había bajado un poco la calentura.

María estaba junto á él, hablándole y acariciándole; pero apenas vió á Don Ma-

nuel, dió un grito agudo, vaciló y cayó en los brazos de su madre. Don Manuel se conmovió excesivamente con aquel espectáculo. El viejo no le conocía: le preguntó su nombre con aspereza, y yo se lo dije.

—Ya no quiero su granja, exclamó; se engaña el miserable, si cree que he de respetar su riqueza.

—¿Cómo?... le dije.

No me permitió acabar.—¡Callad! continuó furioso. No le perdonaré como á ella.

Al decir esto, buscó un puñal en la cabecera de su cama. La pobre María había vuelto en sí, y se precipitó hacia su padre, que la repelió indignado. Aquella cólera era justa y no pude menos de admirarla. D. Manuel me expresó con una mirada que le sucedió lo mismo.

—No os engañáis, dijo al anciano; tenéis delante al autor de todos los males que han abrumado á esta familia. Pero....

—¡Qué! prorrumpió el viejo, apretando los dientes y empuñando su arma.

—No soy bastante vil.... continuaba el joven.

—¡Bastante vil!.... ¡Y abusó de mi ausencia! ¡de la consideración que le debía mi hija como propietario de esta granja!.... Y abusó.... ¿De qué no abusó el miserable?....

—Por eso, dijo D. Manuel, viene á im-

plorar perdón ante el padre de la familia ofendida con su exceso.

Y se arrodilló junto al lecho del anciano, que se irritó más.—Estáis en vuestra casa, dijo, y no tengo derecho para lanzaros de ella.... ¡Ayudadme á levantar de esta cama!.... Está escrito: No matarás; y yo ofendería al Cielo vengándome de vos, como pensé hacerlo al principio.... y arrojé su puñal.... ¿No he dicho que me ayudéis á á levantarme?.... Ven, hija, dame la ropa.... Prefiero morir á la inclemencia que en una casa que pertenece á tu seductor.

Pugnaba por apearse, y yo le detuve.—El señor D. Manuel, le dije, no se contenta con deplorar su falta: desea repararla y viene á pedirnos la mano de María.

El viejo me miró fijamente y se quedó inmóvil.—Sí, repuso D. Manuel, si aun me creéis digno de obtenerla, os pido la mano de María.

Esta, al oír estas palabras, ocultó el rostro en el seno de su madre, que exclamaba:

—¿Es posible? ¿es posible?

Al fin respondió el viejo:—Os felicito, porque volvéis á ser hombre de bien.

—Pues bendecid á vuestros hijos le dije: y tomando á María por la mano, la puse junto á D. Manuel, sobre el cual no osaba levantar sus ojos. Ella se puso también de rodillas, y su padre enternecido profirió estas palabras:—¡Dios mío, perdónales el do-

lor que me causaron, pues ya me hacen dichoso!

A los pocos días tuve la dicha de bendecir su unión, y acaso sabréis con gusto que sucedió á D. Manuel lo que yo le había predicho. Halló en María tanta dulzura, tanto anhelo por agradarle, que presto olvidó á la señorita de B*** y cada día tomó más afecto á su hechicera esposa. Fué imposible ocultar la flaqueza en que ésta incurrió; pero su caridad y sus otras virtudes han hecho que nadie la mencione."

Calló el buen cura, y yo no le dirigí los elogios que tanto merecía, y de que en su sencillez evangélica estaba lejos de reputarse digno. Habría contristado su conciencia; porque temiera haber cedido á un movimiento de orgullo comunicándome este tierno episodio de su vida pastoral. Pero todos mis lectores le tributarán sin duda su admiración y dirán: El hombre que procede así, ¿no es un ángel en la tierra?

